



# Memoria

Universidad de Antioquia: protagonista y testigo

## El debate de ideas en la Universidad Por Iván Darío Arango

*Los académicos tenemos el vicio de preguntar por qué*

María Teresa Uribe

### Introducción

La mayor riqueza de las universidades públicas está en la inconformidad, la inquietud y la sensibilidad social de sus estudiantes, porque impulsan en ellos una curiosidad por la literatura y por las ideas políticas, que les permite aprender a preguntar con agudeza sobre los problemas más profundos de la sociedad.

En las últimas décadas no ha habido una teoría tan estimulante de esa curiosidad como la teoría marxista. Sin embargo, hace unos veinte años que el marxismo está en crisis y que han aparecido otras teorías políticas con el propósito de cumplir la tarea de interrogar al poder y a la sociedad en que vivimos. Cada dos o tres años surgen declaraciones llamativas que intentan la creación de opinión para el debate de las ideas políticas.

Algunos se han apresurado a inaugurar la pos-modernidad y alegan la quiebra del proyecto de la Ilustración; otros invitan al abandono de la esfera pública para ocuparse “del insignificante trajín cotidiano de los asuntos particulares”, según la expresión de Alexis de Tocqueville. Pero lo cierto es que tales declaraciones se repiten en forma monótona y ya no consiguen sorprender a la burguesía ni a nadie.

### La crisis de la teoría marxista

A los universitarios no nos queda otra alternativa que buscar las razones de la crisis del marxismo, con el propósito de encontrar otro enfoque de la política que ilumine la discusión actual.

La teoría marxista presenta dos caras: una concepción dialéctica de la historia y una concepción despótica del poder del Estado, que fueron objeto de crítica a lo largo del siglo xx. La concepción determinista de la historia fue muy cuestionada por Raymond Aron, Isaiah Berlin y Leo Strauss, entre otros. Según ellos, no es

posible afirmar que la historia esté determinada en la dirección de la solución final de los conflictos, de la abolición de las clases sociales y del Estado.

Pero es la caída del muro de Berlín en 1989 y el posterior hundimiento del Imperio soviético, lo que obliga a todos a pensar en la debilidad de la teoría política, que no podía explicar críticamente una forma de dominación sin precedentes en la historia de la humanidad, la dominación férrea y hermética del régimen del partido único que existía en la Unión Soviética y que existe en China.

La caída del muro de Berlín y de la Unión Soviética pusieron en evidencia la falacia del proyecto de emancipación, como aparece concebido en el Manifiesto comunista, obra que Marx consideró la mejor introducción a su pensamiento, donde escribe: “Una vez que, en el curso de la evolución, las diferencias de clase hayan desaparecido y toda la producción se halle concentrada en manos de los individuos asociados, el poder público perderá su carácter político”.

La realidad fue muy distinta, porque la producción nunca estuvo en manos de individuos asociados, sino en manos del partido único, que con su poder total impuso el carácter político a todas las actividades de la vida social, integrándolas en forma orgánica al poder, como la Iglesia católica lo había logrado durante el período medieval.

Los universitarios todavía no logramos examinar la magnitud de la crisis de autoridad del régimen del partido único y por eso no hemos emprendido la tarea de repensar las bases conceptuales de la democracia, bases que únicamente pueden descubrirse a partir del contraste con el totalitarismo, porque este régimen suprime la condición de posibilidad de la sociedad democrática, cual es la esfera pública, el escenario de las reclamaciones igualitarias y de los derechos humanos.

Algunos estudiosos consideran que Marx no era marxista, que la concepción del partido único es un aporte de Lenin y que la crisis del marxismo no involucra el pensamiento de su fundador. Otros, más convincentes, sostienen que Marx concibió su teoría para la acción, para la práctica, y que su pensamiento no es ajeno a sus aplicaciones. Sin embargo, todos coinciden en su honestidad intelectual y en lo justificada de su indignación frente al capitalismo.

Cuando se piensa en los más grandes filósofos políticos del siglo xx, en Hannah Arendt, Raymond Aron, Isaiah Berlin, Norberto Bobbio, Claude Lefort o John Rawls, puede decirse que todos ellos estudiaron detenidamente a Marx y que escribieron importantes trabajos sobre su pensamiento: inclusive, la biografía intelectual de Marx, escrita por Berlín, sigue siendo un libro clásico.

El libro de Bobbio Ni con Marx ni contra Marx, termina con una invitación a releerlo después de 1989. Aron, quien realizó una comparación genial entre Marx y Tocqueville, sostuvo que, a su pesar, se interesaba más por los misterios de El capital, que por la prosa lim- pia y triste de La democracia en América.

De estos filósofos clásicos, únicamente Claude Lefort fue militante marxista y además fundador, junto con Cornelius Castoriadis, del grupo y de la revista Socialismo o barbarie. Todos ellos comparten con Marx la convicción de que las libertades civiles y políticas “no bastan para dar un sentimiento de libertad y menos aún de libertad efectiva para forjar su destino a aquellos que viven en la miseria”, según afirma Aron. Pero no admiten, no podrían admitirlo, que las libertades formales sean un lujo burgués, como sostenía Marx, desde sus textos de juventud. Comparten el análisis y la indignación de Marx, pero no sus conclusiones.

## La necesidad de repensar la democracia

Entre los universitarios existen inmensos prejuicios ante la tarea de repensar las bases conceptuales de la democracia, pues se cree que se trata de ideología burguesa: es común pensar que la división entre el Estado y la sociedad civil, o que la barrera que oponen el derecho y la esfera pública para proteger diferentes actividades de la sociedad civil, es propio de la ideología burguesa y de sus intereses.

Es común afirmar, junto con Marx, que la disyunción entre el Estado y la sociedad debe desaparecer en una sociedad al final reconciliada consigo misma, que no tenga necesidad del poder político, que solo admita la administración de la producción sin el mandato de los que gobiernan y siempre quieren oprimir, pues imponen una desigualdad de clase insoportable, que puede ser superada.

No he encontrado ningún filósofo político tan autorizado como Claude Lefort para enfrentar las dificultades conceptuales que exige repensar la democracia.

Lefort preparó una tesis de doctorado sobre Maquiavelo, bajo la dirección de Raymond Aron, por quince años. Además, había estudiado el régimen soviético durante sus años de militancia en el grupo marxista Socialismo o barbarie. Según afirma, fue a raíz de la lectura del informe de Krushev, en 1956, que comprendió la naturaleza del régimen totalitario; pudo entender que no era tanto el terror de la política de Stalin, sino el lugar que ocupaba el partido único en la concepción orgánica, propia de todo régimen corrupto, lo que caracterizaba al régimen totalitario.

Lefort comprendió “que ninguna holgura, ninguna diferenciación, ninguna separación entre el sector económico, político y cultural era posible y que ninguna iniciativa individual podía ser legitimada o tolerada”, según afirma en la entrevista aparecida en la revista Claves de razón práctica, en su número 131.

Los análisis de Lefort se apoyan en dos principios que había descubierto en su investigación sobre la obra de Maquiavelo: el primero se refiere a la división entre gobernantes y gobernados, una división constitutiva de toda sociedad política, que es irreductible y no tiene solución, por lo que es impensable una sociedad sin poder político, aunque los medios de producción sean colectivizados y se desarrolle un capitalismo de Estado, como en la Unión Soviética o en China.

Es claro que se puede distinguir, como lo hacía Maquiavelo, entre una sociedad política corrupta y una sana. Para que una sociedad política sea considerada corrupta, es preciso que el poder político oculte con pretextos la división constitutiva propia de toda sociedad.

Ahora bien, la forma más moderna de ocultar la división entre el orden político y la sociedad civil es la realizada mediante el partido único que pretende integrar en forma orgánica las diferentes actividades de la sociedad. Tal era el llamado de Krushev a los miembros del partido: a que controlaran sus propios miembros y todas las actividades económicas y culturales con mayor disciplina, con el pretexto de que se trataba de una etapa intermedia antes de la abolición de toda oposición entre las clases y de la abolición del Estado. Con toda razón, Aron se refiere a la disciplina de la mentira, para referirse al régimen totalitario.

El segundo principio, que Lefort retoma de Maquiavelo, alude al carácter simbólico del poder, que aparece cuando la esfera pública y el derecho interrogan a los funcionarios del régimen por la legitimidad y la visibilidad de sus actuaciones. Esta situación es expresión de una sociedad sana, porque los conflictos se manifiestan en el escenario público, lo que no ocurre en los regímenes corruptos, en los cuales aquellos son tramitados en secreto ante las altas esferas por los miembros del partido, como si se tratara de fortalecer fracciones dentro del mismo o de prestar favores a los simpatizantes, según el modelo tradicional de la dependencia de unos hombres con otros, que son sus superiores naturales.

Cuando la profesora María Teresa Uribe afirma que los académicos tenemos el vicio de preguntar por qué, lo que hace es una magnífica ironía, pues no son únicamente los académicos los que preguntan por la legitimidad de las actuaciones del gobierno. Tampoco se trata de un vicio, sino más bien de la costumbre que consiste en el discurso sobre el poder, sobre su estilo y sobre si abre o cierra la esfera pública, y para el poder, discurso que contiene las reclamaciones o exigencias que se espera que sean las garantías del ejercicio legítimo de la autoridad.

La afirmación de la profesora Uribe es instructiva porque muestra que las universidades son un escenario de interrogación, pues tanto el derecho como el saber y la opinión son exteriores al poder y, por principio, no pueden estar incorporados, como lo estuvieron por la Iglesia católica en el período medieval o por el partido único del régimen totalitario, cuyos miembros buscaban incorporar la sociedad entera con sus actividades a la ideología de granito, según la expresión de Claude Lefort.

Tal incorporación de la sociedad hace que el poder tenga un carácter sustancial o corporal y no simbólico, pues cualquier interrogante es percibido como si se tratara de una disociación o desintegración de lo que es una unidad fija o hermética: ya sea de una Iglesia o del partido, que es como una secta religiosa, con una misión sobrenatural, confiada por la historia.

Entre los escenarios de la esfera pública, el parlamento es la institución que crea la mayor desconfianza, por los intereses que allí se representan. Sin embargo, es una sorpresa encontrar que Lenin no comparte la idea de los comunistas alemanes y holandeses cuando afirman que la actividad parlamentaria está caduca, que está superada histórica y políticamente.

Para Lenin, estos comunistas padecen la enfermedad infantil del izquierdismo, la cual consiste en el radicalismo crítico que termina por perjudicar una idea y desacreditarla, cuando se la lleva hasta el absurdo. Él considera que los comunistas deben ir al parlamento burgués para educar, según escribe, a los elementos atrasados de su clase, para “despertar e ilustrar a la masa aldeana analfabeta, ignorante y embrutecida”. Lenin afirma que los “izquierdistas” de Alemania han tomado su deseo, su ideal político, por una realidad objetiva; asegura que lo que ha caducado para nosotros, no se puede creer que ha caducado para la clase o para la masa; claro, porque según él, la situación de Rusia es enteramente diferente, pues trae una historia de condiciones específicas que, según él, son muy difíciles de repetir en la Europa occidental para el comienzo de una revolución socialista. Dice que saltar por encima del empleo de los parlamentos burgueses es puro infantilismo.

## **Los límites de la crítica social**

Karl Marx, Friedrich Nietzsche y Sigmund Freud, conocidos como los maestros de la sospecha, querían apoyarse en la realidad y no en ilusiones o en ideologías. Se sirvieron de la economía y de la historia, dos disciplinas en pleno desarrollo durante los siglos xix y xx. El influjo de la economía de mercado en la imagen del hombre es casi increíble, pues la idea del hombre como un ser egoísta y calculador, en cierta forma antisocial, viene desde Hobbes y va a tener una influencia profunda en Freud, en Nietzsche y en la gran literatura.

Según Eric Fromm, Freud buscó demostrar que los supuestos acerca del hombre, propios de la economía capitalista, eran aún más verdaderos de lo que podían haber imaginado los mismos economistas, pues aplicó conceptos del mercado a la explicación de la vida psíquica. Pero los supuestos que se refieren al hombre

como un ser egoísta y asocial tenían inicialmente el carácter de hipótesis para explorar lo que ocurriría entre los hombres si no hubiera autoridad política que pudiera apaciguar los conflictos.

En el siglo de Hobbes estaba de moda el estilo de razonamiento científico inspirado en Descartes y Galileo. Era preciso empezar por lo más simple e ir por pasos hacia lo más complejo. Hobbes comenzó por suponer un ser egoísta y aislado para demostrar la necesidad de una autoridad fuerte y absoluta.

Durante un largo período se pensó que la sociabilidad del hombre era una virtud moral exigida por la cultura o por la religión. Rousseau aclaró que la sociabilidad no es una virtud o una exigencia represiva de la cultura, sino que es el estado natural del ser humano, pues este obtiene el sentimiento de que existe, gracias al reconocimiento de los otros. Según la expresión de Todorov, en su libro *La vida en común*, “los ojos son el órgano específicamente humano”.

El influjo de la economía y de la historia produjo el historicismo, una forma de determinismo científicista que llevó a creer en fuerzas que dirigían la vida de las personas, fuerzas históricas o psíquicas de las cuales los hombres no son conscientes. Tales fuerzas cautivaron la mente de los maestros de la sospecha, quienes no se ocuparon de pensar en instituciones, como sí lo habían hecho los idealistas que inspiraron y apoyaron la Revolución francesa.

Los idealistas resultaron más realistas, porque creyeron en los valores de la igualdad y la libertad, pero al mismo tiempo se dedicaron a idear las instituciones que pudieran proteger o garantizar esos valores fundamentales: instituciones como las iniciativas legislativas de origen popular y la deliberación pública, propias de la teoría de Rousseau; el uso público de la razón, en el que insistió Kant; la independencia de los jueces y el derecho a la oposición, por lo que luchó Benjamin Constant, o el pluralismo de las asociaciones civiles y políticas y la descentralización, apreciadas en tan alto grado por Alexis de Tocqueville.

Mientras los idealistas realizaron una crítica social propositiva y llevaron sus ideas a la práctica, los maestros de la sospecha radicalizaron y debilitaron la crítica social, ya que no lograron idear propuestas de solución que fueran creíbles; estaban provistos de genialidad para captar los problemas más profundos de las sociedades contemporáneas, pero eran erráticos hasta el absurdo a la hora de proponer soluciones para tales problemas.

Los hombres se relacionan entre sí mediante instituciones sociales y políticas; inclusive, los conflictos y hasta las guerras requieren de formas jurídicas y políticas. Por tal razón, la crítica tiene que tener un carácter propositivo o constructivo, porque únicamente se destruye lo que se sustituye.

La crítica social inspirada en los maestros de la sospecha cayó en el vacío, por su ignorancia del lugar central de las instituciones en las relaciones entre los hombres. Ignorancia, ante todo, del lugar central del Estado de derecho y de las expectativas normales de garantías por parte de la sociedad civil.

El lenguaje de los conflictos es el lenguaje de los derechos y de la democracia. Si alguno de los sectores de la sociedad es excluido: las mujeres, los obreros, los estudiantes, los jueces, los periodistas, las minorías étnicas, religiosas o sexuales, cualquiera de esos sectores debe organizarse en movimientos sociales para sensibilizar la opinión en relación con su exclusión y reclamar sus derechos.

Es evidente que los universitarios deben tener una posición crítica sobre la sociedad, pues la crítica social es una necesidad constitutiva de las sociedades modernas. Pero deberían entender que la crítica requiere de disciplina y de formación intelectual.

## **Bibliografía**

- Aron, Raymond. Ensayo sobre las libertades. Trad. Ricardo Ciudad Andreu. Madrid: Alianza, 2007.
- Berlin, Isaiah. Karl Marx. trad. Roberto Bixio. Madrid: Alianza, 1973. Bobbio, Norberto. Ni con Marx ni contra Marx. Trad. Lia Cabbib Levi e
- Isidro Rosas Alvarado. México: Fondo de Cultura Económica, 1999. Fromm, Erich. La misión de Sigmund Freud. Trad. Florentino Torner. México: Fondo de Cultura Económica, 1960.
- Lefort, Claude. La incertidumbre democrática. Trad. Esteban Molina. Barcelona: Anthropos, 2004.
- Lenin, Vladímir Ilich, La enfermedad infantil del “izquierdismo” en el comunismo. Pekín: Ediciones en lenguas extranjeras, 1972.
- Marx, Karl y Engels, Friedrich. Manifiesto comunista. Trad. Elena Grau Biosca y León. Barcelona: Crítica (Grijalbo Mondadori, S. A.), 1998.
- Tocqueville, Alexis de. El antiguo régimen y la revolución. Trad. Jorge Ferrero. México: Fondo de Cultura Económica, 1996.
- Todorov, Tzvetan. La vida en común. Taurus: Madrid, 1995.